

ERNESTO HERRERA



por Ricardo Passano



IZQUIERDA

PUBLICACION MENSUAL

Año I

Buenos Aires, Febrero 9 de 1928

Núm. 3

JUAN B. JUSTO

Con la misma pesadumbre con que despedíamos hace dos años en José Ingenieros al más grande de nuestros profesores de idealismo, despedimos ahora en la personalidad de Juan B. Justo al más íntegro de nuestros hombres públicos.

La distinta posición ideológica que suele situarnos a los hombres de ideales frente a frente, no nos debe impedir ser ecuanímenes y justicieros en la aquilatación de las virtudes del adversario.

Por encima de las ideas, que cada cual sustenta con más o menos gallardía y lealtad, según sus dones de talento, están los valores intrínsecos de la personalidad humana. Y nuestra América, rica en hombres de ilustración, de retóricos y declamadores que inundan el escenario intelectual y político, es verdaderamente pobre de caracteres excelentes, de personalidades fuertes y originales que den calor y color al panorama espiritual de nuestra cultura.

En el campo político, más que en ningún otro, se comprueba esta crisis total del carácter. ¡No hay Hombres! En lugar de políticos, tenemos politicastros; en lugar de estadistas, parlanchines desafortunados que hablan de todo sin haberse especializado en nada; en lugar de conductores de pueblos, caciques con un falso revestimiento de cultura universitaria, arrebañadores de masas.

Pasaron las figuras próceres de la etapa heroica en que se luchó por la reorganización institucional del país. Enmudecieron los tipos del político romántico que llenaron el Parlamento Argentino de resonancias líricas y frases grandilocuentes, donde hoy se putean entre sí los campeones del imperio, exteriorizando la indigencia de su cultura.

Enfermos de utilitarismo nuestros intelectuales a la par de nuestros políticos, una moral de piedra es la que rige su conducta.

En medio de este desierto moral de hombres de honestidad, de idealismo y de carácter, Juan B. Justo es una figura carlyliana de luchador. Convencido en su fuero íntimo, de que "nadie tiene derecho a quejarse de su época, por que si es mala, ahí está él para hacerla mejor"; y aleccionado por la propia experiencia de que "a igualdad de condiciones y energías, quien menos impone su persona es quien más impone sus ideas", luchó con el denuedo y la entereza de un soldado, vale decir, sin ínfulas ni vanidades, en defensa de su credo socialista.